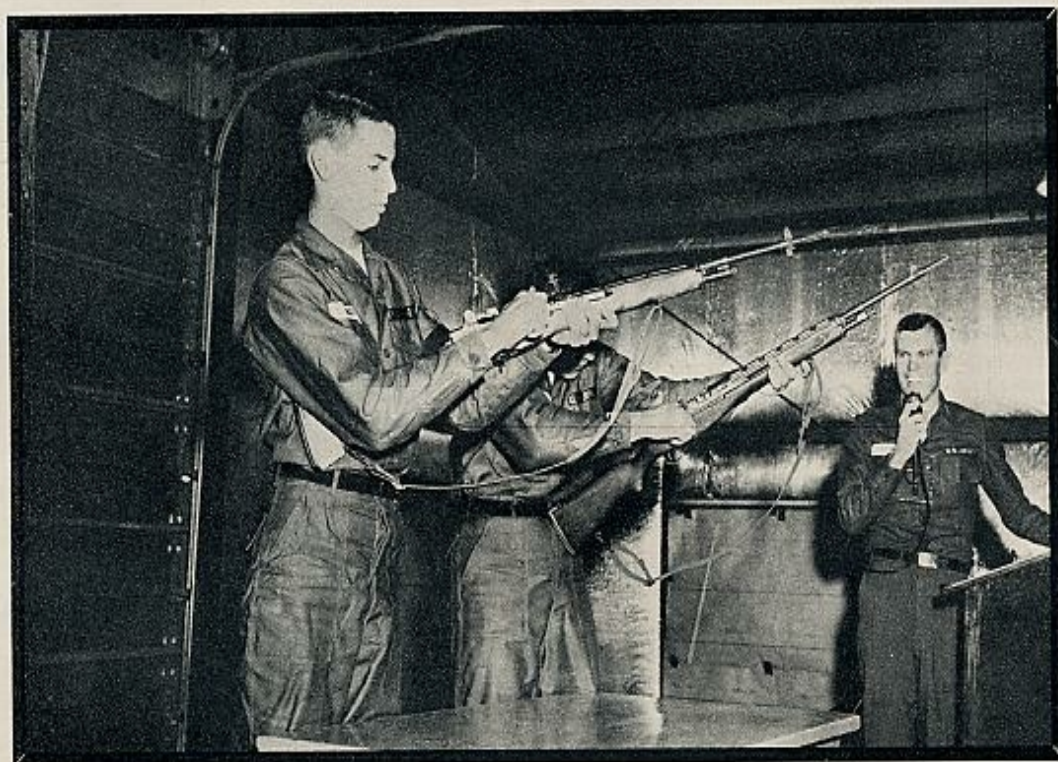


EL SOLDADO AMERICANO



“La coexistencia pacífica toca a su fin...», han escrito los que desconocen lo que en realidad significa, a nivel político, tal término. Sin ánimo de polemizar, nos sentimos de nuevo tentados a subrayar que los recientes hechos acaecidos en el escenario chaco no constituyen más que una consecuencia, y en cierto modo una reafirmación, de la coexistencia pacífica: es decir, la consolidación del «status» vigente, desde hace más de veinte años, entre dos formaciones socioeconómicas antagónicas. Este «status» tiene una expresión militar en la que se sintetiza la cifra del equilibrio entre ambos bloques, el llamado «equilibrio del terror». Despeñando del plano abstracto de las estrategias al muy concreto de los contingentes de fuerzas que mantienen la balanza en el fiel, nos topamos con los hombres que asumen la responsabilidad de estabilizar una situación a veces precaria cuando se producen alteraciones imprevisibles. Los sucesos de

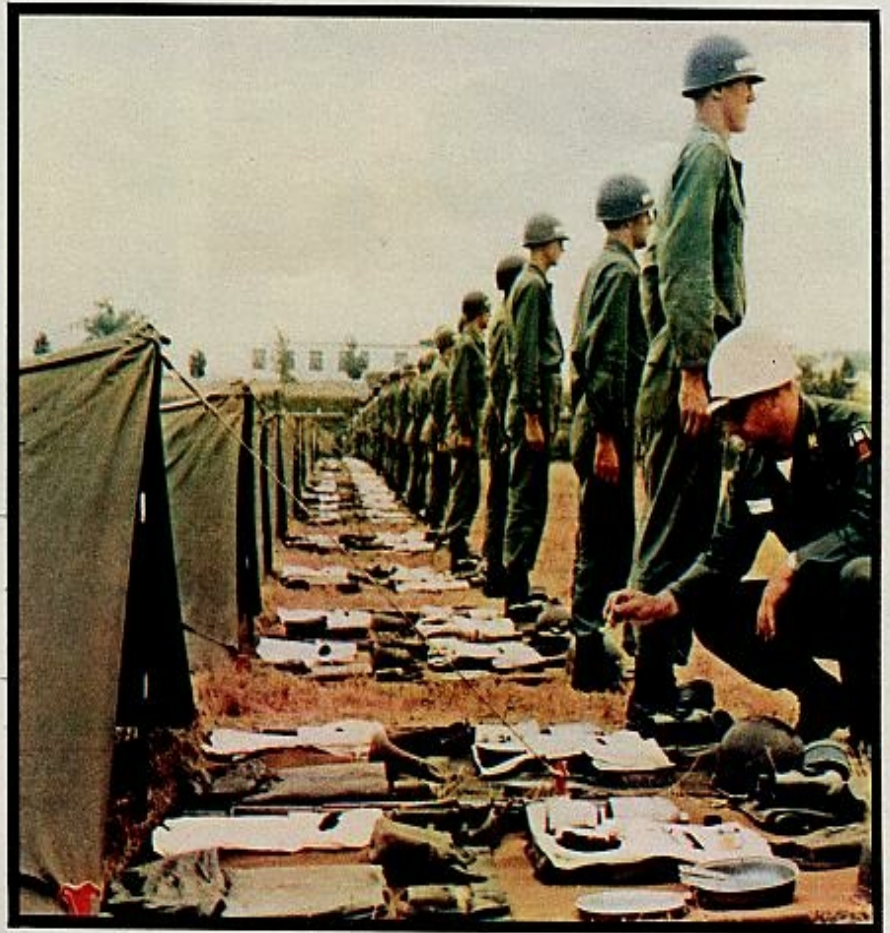
Checoslovaquia suponen un claro exponente —desde las concepciones soviético-americanas tácitamente aceptadas por ambas partes, al margen de cualquier otra consideración de orden revolucionario o renovador— de una coyuntura de este carácter. De aquí la vivísima actualidad de la serie de reportajes que hoy iniciamos y que representan en su realidad al soldado soviético y al soldado americano —su formación, su estilo de vida militar, sus condicionamientos, sus distracciones y preocupaciones, sus principios—. Ni el planteamiento ni la tonalidad de estos trabajos parten de raíces políticas: son esencialmente descriptivos e informativos. Nos limitaremos, pues, a presentar literaria y gráficamente lo que podríamos denominar las interioridades, la existencia cotidiana de los soldados sobre los cuales se asienta el equilibrio actual. Una presentación exenta de juicios de valor. Comenzamos por el ejército americano.





Arriba, un supuesto táctico preparado en las condiciones más semejantes a las que luego se podrá encontrar el soldado en caso de guerra. Junto a estos ensayos bélicos, el recluta vive la rutina diaria de las revistas meticolosas, las clases teóricas sobre armamento y las prácticas de lucha, con monitores especializados. La edad media de los reclutas es de diecinueve a veinte años.

EL SOLDADO AMERICANO

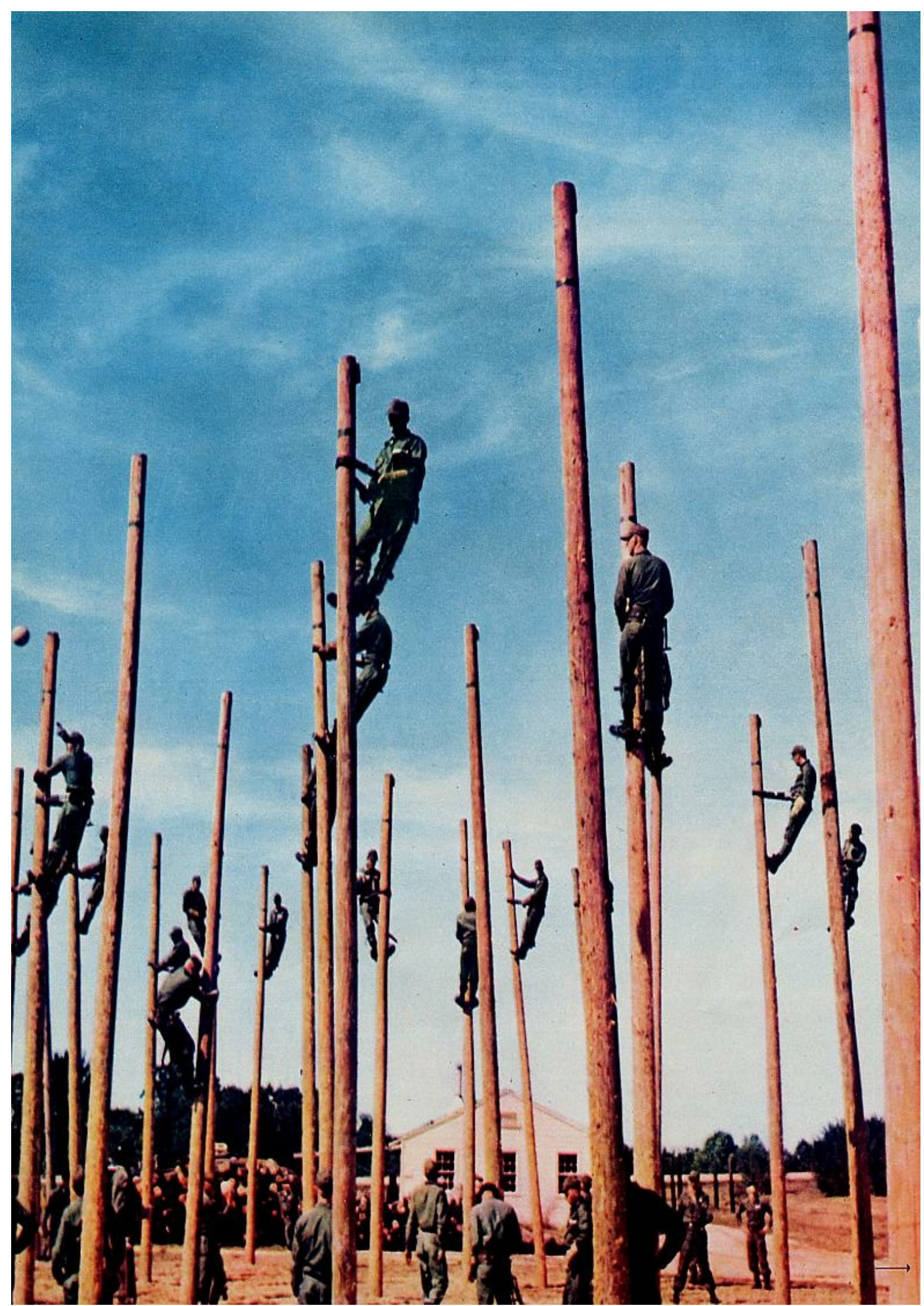


EL SOLDADO AMERICANO



El soldado recibe primero entrenamiento en un campo de instrucción elemental, donde la formación física ocupa un lugar primordial. Algunos pasan luego a una instrucción superior o reciben cursos especiales: radar, teléfonos, explosivos, etc...

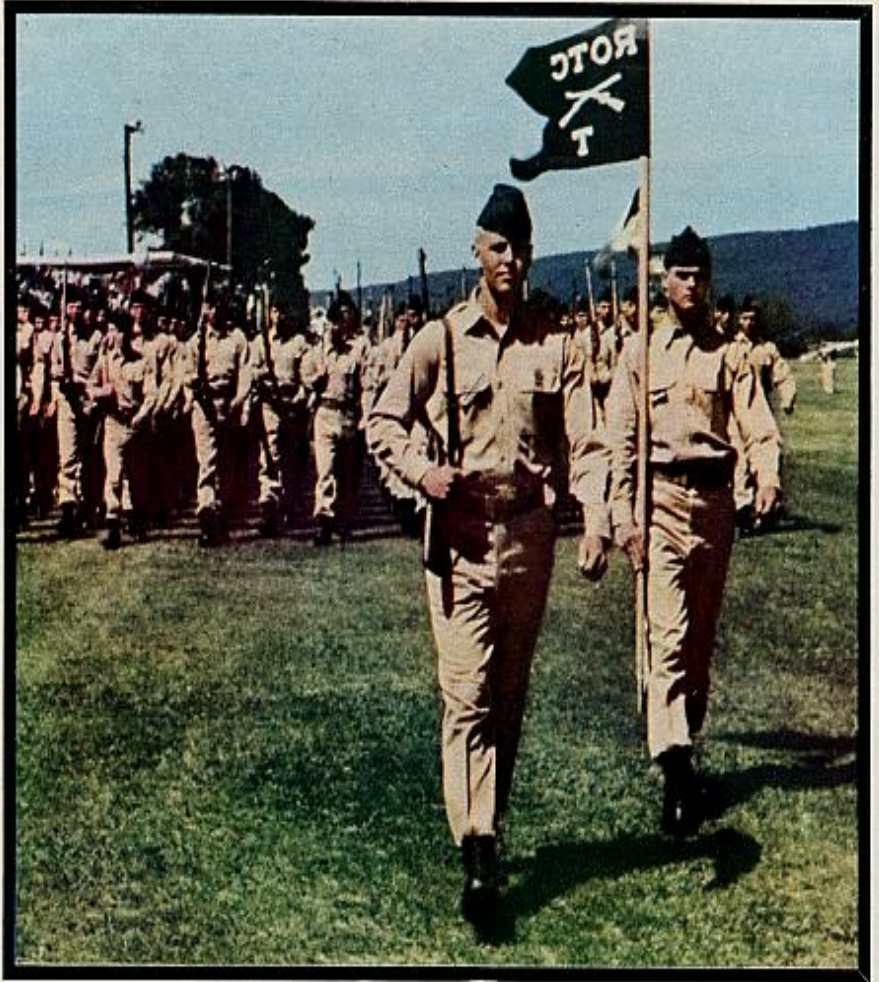




Una parada militar. Han sido precisas semanas de instrucción para ello. En ellas, los soldados han sido seleccionados: algunos no han cubierto los niveles mínimos y han sido enviados a servicios auxiliares; otros, incapaces de adaptarse a la vida militar, tuvieron que ser licenciados.



EL SOLDADO AMERICANO



Durante el periodo de Instrucción, los reclutas no suelen disfrutar de permisos largos: todo lo más un día o dos. Cuando acaba este periodo se conceden permisos para visitar a las familias.





calidad...
variedad...

RIELES para cortinas y visillos

Kirsch

entre su extensa gama encontrará siempre el más apropiado para cada hueco.

pero, ¡ojo!, no se deje sorprender...
si desea la garantía **Kirsch**, exija que lleve su marca.

FABRICADOS POR
HOFESA
VITORIA

otros productos **HOFESA**

PERSIANAS VENECIANAS **LEVOLOR**
PUERTAS PLEGABLES **modernfold**

LA FORMACION DE UN SOLDADO



EL paso de la vida civil a la militar nunca es fácil, aunque se intenta hacerlo lo menos penoso posible con técnicas desarrolladas por psicólogos y educadores.

La edad media de los reclutas ha sido últimamente de diecinueve años y diez meses. Estos jóvenes han sido cuidadosamente seleccionados, pudiendo decirse que, en general, se encuentran en mejores condiciones físicas y mentales que la generación anterior de la segunda guerra mundial. Los reclutas suelen recibir su primer y breve contacto con la vida militar en un centro de recepción o de incorporación a filas cercano a sus hogares. En él se les entregan los uniformes y se les introduce en las tradiciones y reglas de la vida militar. Entre otras cosas, aprenden a hacerse sus camas de acuerdo con las meticulosas normas del ejército. A los exámenes médicos y vacunaciones les siguen casi siempre unos tests de inteligencia y de aptitud destinados a proporcionar una oportunidad a aquellos jóvenes que, aunque estén sin cultivar, dispongan de un alto cociente innato de inteligencia. Estos tests y pruebas de selección ayudan a fijar sus tareas al recluta y proporcionan, además, un indicio de los oficiales en potencia. Mientras tanto, los campos de instrucción elemental desperdigados por todo el país se nutren de nuevos hombres procedentes de los centros de incorporación, que reemplazan a los que ya han completado su periodo de instrucción. A veces se examinan minuciosamente los archivos automatizados de los centros de recepción, con el fin de identificar a los hombres que posean ciertas especializaciones, adquiridas por educación o merced a sus ocupaciones en la vida civil; pero lo corriente es que los jóvenes que se estimen apropiados para

recibir instrucción en alguna faceta del servicio salgan juntos, en grupo, en dirección al campo de instrucción. Tanto los expertos civiles como militares muestran su convencimiento de que la instrucción elemental está mucho mejor organizada que durante la segunda guerra mundial. No se aspira en modo alguno a conseguir un «soldado perfecto y acabado» en ocho semanas. Se entrena a los reclutas para que se familiaricen con los procedimientos del ejército y para que se mantengan en buena forma física, pero las tareas militares más especializadas son objeto, posteriormente, de una instrucción superior. De esta forma, el ejército ofrece más de dos mil cursos de instrucción.

Bajo la guía del cuadro de oficiales, suboficiales y clases de tropa, los soldados sometidos a instrucción elemental aprenden a manejar diversas armas, a leer los mapas y a usar el compás, a cuidar de sus equipos y a vivir bajo condiciones simuladas de combate. Las marchas campo a través con raciones de campaña y el pesado equipo de campaña, más conocido por «el paquete», preparan a los soldados de infantería para soportar los largos y rápidos desplazamientos que con toda probabilidad se verán obligados a hacer después. Las carreras de obstáculos y las actividades deportivas perfeccionan la coordinación y condiciones físicas del soldado. Se insiste en la limpieza y el aseo, realizando frecuentes inspecciones del vestido, el equipo y las dependencias. Algunos reclutas piensan que el ejército hace demasiado hincapié en tales detalles, pero las autoridades militares parecen convencidas de que la rutina desarrollada a través de los años está bien justificada por los resultados obtenidos.

La instrucción elemental es un periodo crítico que determina las aptitudes de un hombre y su adaptabilidad a un medio ambiente completamente nuevo y a una forma de vida disciplinada. Algunos no cubrirán los niveles mínimos establecidos para los soldados de combate, por lo que se les asignará a cualquiera de los otros muchos servicios necesarios en un ejército moderno. Unos cuantos serán incapaces de adaptarse a la vida militar y tendrán que ser licenciados. Durante la instrucción elemental se hacen nuevos tests a los reclutas para determinar si disponen o tienen en potencia ciertas aptitudes necesarias para las muchas y variadas tareas técnicas que hay en las fuerzas armadas. Se les alecciona para que se presenten como voluntarios para ciertos cometidos, no siendo raro que un soldado de infantería sea trasladado a las fuerzas aéreas para ser entrenado como piloto o a una unidad aerotransportada para serlo como paracaidista. A algunos se les dan cursos especiales para prepararlos como ayudantes médicos, operadores de radar, especialistas de teléfonos, expertos en explosivos, conductores de camiones o mecánicos. Muchas de estas ocupaciones, naturalmente, les serán de utilidad a su vuelta a la vida civil.

Como sucede en todos los ejércitos, bastantes de los reclutas siguen siendo «civiles de uniforme», siempre quejosos, pero que en definitiva responden bien a la hora del combate. Otros se adaptan mejor a la vida militar, disfrutan con la rutina y la camaradería e incluso deciden hacerse soldados profesionales. El ejército de los Estados Unidos ofrece incentivos para hacer atractiva la carrera militar. Entre ellos, subsidios para las personas que dependan de unos seguros de vida

a bajo coste, sistemas de retiro temprano y buenas oportunidades de ascenso. Los reclutas que muestran condiciones o dotes de mando pueden ser seleccionados para concurrir a las escuelas de formación de oficiales, suboficiales y clases de tropa. Estas escuelas son necesarias, pues resultan insuficientes los oficiales de carrera para mandar las unidades militares en existencia. Sin embargo, la mayoría de los mandos superiores más importantes son oficiales de carrera.

Los centros de instrucción elemental desarrollan también actividades recreativas: deportes, lectura, cine. Cada uno dispone de un almacén del ejército en el que los soldados pueden comprar artículos personales, tabaco, revistas, etc. En lo posible se procura que los reclutas salgan del centro de instrucción durante un día o dos, bien en los fines de semana, bien en las vacaciones. Los permisos por periodos de tiempo más largos, que permiten a los reclutas visitar a sus familias, suelen concederse a la terminación del periodo de instrucción.

La instrucción continúa en la unidad militar regular a que ha sido destinado el soldado. En ésta obtendrán los conocimientos especializados y realizarán las prácticas que caracterizan el trabajo militar en equipo. Los hombres de estas unidades se llegan a conocer unos a otros con gran intimidad, por lo que con frecuencia se crean amistades muy duraderas. Cuando éstos han trabajado conjuntamente durante algunos meses y se han familiarizado con sus responsabilidades individuales, forman una unidad que funciona con eficiencia en las situaciones, tanto previsibles como imprevisibles, del combate.

YO, SOLDADO DE LA U. S. ARMY

El pueblo americano —su cine y su literatura lo prueban palmariamente— posee una amplia capacidad de autocrítica, que le permite volverse sobre sí mismo para descubrirse tal como es, sin temor a las opiniones ajenas. He aquí un ejemplo —dentro del contexto de esta presentación esencialmente gráfica de las peculiares características humanas de los soldados americano y soviético— que lo corrobora rotundamente. Nuestro colaborador neoyorquino, Patrick Bernoth, nos relata, en una rápida descripción no exenta de sentido del humor, su experiencia militar.



CUANDO se llega a Fuerte Dix, le envían a uno directamente a un lugar llamado centro de recepción. Allí le rapan al cero, le dan un uniforme, le ponen varias inyecciones, le miran los dientes, la sangre, las articulaciones y todo lo demás. A eso lo llaman preparación. Además se aprende a marchar y a tener miedo, que es lo que, más que nada, hace que el ejército siga funcionando.

Pasados algunos días, cada hombre es enviado a una compañía de instrucción elemental en algún otro lugar del puesto. En ella permanecerá durante ocho semanas, aprendiendo las habilidades militares rudimentarias: desde hacerse la cama hasta disparar con una ametralladora. Si aprende bien, nuestro joven soldado continuará con otras ocho semanas de instrucción en su especialidad militar concreta. Si por cualquier causa no alcanza los niveles mínimos, tendrá que volver a empezar hasta que lo logre. Las especialidades militares varían con las necesidades del ejército en cada momento. Las más comunes son conductor de camiones, oficinista, infantería ligera, infantería pesada, carros, etc.

Esta instrucción lleva de seis a dieciséis semanas, y, como sucede con la instrucción elemental, si no se hace bastante bien a la primera le obligarán a uno a repetir el ciclo. Reconozcamos, sin embargo, que eso es bastante raro; los niveles mínimos del ejército son una bagatela en comparación con la mayoría de los restantes. Después de la instrucción especial, nuestro soldado será enviado a una unidad regular, donde se dedicará a hacer aquello para lo que ha sido entrenado. Si es reservista, como fue mi caso, se quedará sentado, matando

el tiempo, durante ocho semanas o así, hasta que sea licenciado. Si es un «quinto» o un voluntario por tres años, y está en infantería, volverá a la compañía de reemplazo y esperará a que le envíen a Vietnam. En otro caso entrará en activo en el primer puesto que haya en su especialidad.

EL CUARTEL

Vivíamos en un edificio de dos pisos, situado entre una larga fila de otros edificios similares y grisáceos, cada uno destinado a albergar una compañía de instrucción compuesta por más de doscientos cincuenta hombres. A cada extremo del piso había una gran dependencia con cincuenta o sesenta literas dobles. Cada uno de los cuatro pelotones dormía en una de esas salas.

A los pies de su litera, todos los hombres disponían de una taquilla para guardar sus pertrechos. Se suponía que las taquillas debían estar listas para revista en cualquier momento, así que la mayoría las arreglábamos entonces, comprábamos otro par de cada uno de los pertrechos y sacábamos lo que necesitábamos de nuestras bolsas de ropa sucia.

Todo el edificio se conservaba escrupulosamente limpio. Los suelos de linóleo tenían el brillo de los coches nuevos y el lugar se revisaba todos los días para ver si había polvo. Cuando se acercaba una revista a fondo, la limpieza, sobre todo la limpieza de las literas, nos llevaba tres horas la noche anterior.

Cada edificio disponía de su propia cocina y comedor, que nos proporcionaba a todos insolubles

problemas de limpieza y la oportunidad de saborear la legendaria y formativa experiencia del servicio de cocina.

LA REVISTA

Todas las mañanas había una u otra revista, variando el grado de meticulosidad. Poco después del toque de diana, a las cuatro de la mañana, formábamos puertas afuera del edificio de la compañía. Los sargentos paseaban, arriba y abajo de las formaciones, en busca de una bota o de la hebilla de un cinturón poco reluciente o de unos botones desabrochados en la manga del abrigo o el cuello de la guerrera. Caso de que hicieran un descubrimiento de tal clase el resultado era invariable: muchos gritos y, le gustase o no, veinte advertencias al responsable.

Además, se realizaban revistas en cualquier momento del día. Continuamente se nos escudriñaba para descubrir cualquiera de los «delitos» antes mencionados, y el hecho de tener un fusil no muy limpio o cualquier pieza del equipo algo abandonada, producía el mismo resultado.

Los sábados por la mañana teníamos revista de batallón o incluso de regimiento. Solía correr a cargo de un comandante o un coronel. Los sargentos le acompañaban arriba y abajo de sus respectivos pelotones, de modo que si descubría alguna falta, el sargento recibía la misma bronca que el pobre soldado. En tal caso, mejor era hacerse cuanto antes un seguro de vida. En consecuencia, todo el mundo se tomaba muy en serio los sábados, por lo que la tarde del viernes podía darse por perdida.

Todos dormíamos en el suelo para no desordenar las literas. (El ejército despertó en todos nosotros extraños valores de prioridad.)

LA DISCIPLINA

La disciplina general era rigurosa. Cuando un sargento entraba en una sala, el primero que le veía tenía que gritar «¡Descanso!», con lo que paradójicamente todos nos poníamos firmes hasta que el mismo sargento decía: «¡Descanso!».

Con los oficiales, la cosa era todavía menos ambigua. Gritábamos «¡Atención!», y permanecíamos firmes dijese lo que dijese.

Si un oficial atravesaba los corredores mientras estábamos trabajando, teníamos que saltar y ponernos de espaldas a la pared para que pudiese pasar (los corredores tenían casi cinco metros de anchura). A los sargentos debía decirseles a todo: «Sí, mi sargento». En cuanto a los oficiales, había que empezar y que terminar diciendo «Señor»; es decir: «Señor, el soldado Harvey R. Bodycomb pide permiso para hablar, señor». Entonces Harvey soltaba su rollo, y cuantos más «señor» pudiese intercalar en sus frases, tanto mejor. El ejército no se siente nada preocupado por las redundancias.

LOS «SLOGANS»

Había «slogans» muy serios en las paredes de Fuerte Dix, pero no recuerdo ninguno de ellos. ¡Cómo serían! Creo que había una barbaridad de «slogans» sobre lo que no se debe hacer cuando uno es capturado por el enemigo (irse de la lengua), sobre lo que se debe hacer cuando se está de guardia (tratar de permanecer despierto),



Dos momentos característicos de la vida castrense: la hora del rancho y el reparto del correo. En la rutina diaria suponen un descanso para el soldado, un paréntesis entre los ejercicios tácticos y las clases teóricas.

y sobre lo que hay que creer (todo lo que sea rojo, blanco y azul, los colores de la bandera americana).

Teníamos también otros «slogans» usados con más frecuencia. Por ejemplo:

Una vez reunieron a nuestra compañía en una pequeña sala de conferencias para aprender algo sobre el fusil M14. El sargento, encargado de darnos las instrucciones, salió tranquilamente al escenario y anunció que antes de sentarnos teníamos que gritar: «¡Bravo por la compañía... magníficos fusiles!». Estábamos un poco cohibidos y la primera vez no sonó muy bien. Dijo que no se nos oía. Lo repetimos y salió un poco mejor. A la tercera vez las paredes temblaron. Pero todavía no nos oía. Tuvimos que repetirlo ocho o diez veces hasta que al final se oyó. A partir de aquel momento, teníamos que gritar: «¡Bravo por la compañía... magníficos fusiles!» en cualquier ocasión.

LA PAGA

Por mis noticias, el soldado en filas suele enviar unos noventa dólares mensuales a su madre. Los oficiales de grado inferior cobran unos trescientos dólares, prescindiendo de otras ventajas (habitación, comida, seguros, medicinas, etcétera). Los generales ganaban mil doscientos dólares mensuales o así cuando yo estaba en el ejército; ahora ganarán mucho más, por todo lo bueno que están haciendo.

LA GUARDIA NACIONAL

No sé exactamente qué piensa la gente de la Guardia Nacional. No parece que tenga mucho contacto

con ella, salvo cuando se disparan unos a otros durante los disturbios callejeros. Es bastante difícil que un soldado de la Guardia Nacional ayude a nadie a llevar su equipaje. En realidad creo que son bastante apáticos en eso de ayudar, aunque se les llame para cosas como inundaciones y tormentas, o incluso huelgas del personal sanitario.

RECLUTAMIENTOS, APLAZAMIENTOS Y CAJA DE RECLUTAS

El recluta o voluntario firma por tres años si va a ser soldado raso y por tres años más otros tres meses cuando piensa ingresar en la Escuela de formación de oficiales. También puede firmar comprometiéndose por veinte años si se siente inclinado a esta carrera.

Sobre los aplazamientos no dispongo de ninguna estadística, pero creo que hay un número fuera de lo corriente de jóvenes americanos de dieciocho años que son rechazados por incapacidad física. En cualquier caso, a todo el mundo se le exige pasar un examen físico poco después de cumplir esa edad. El resultado determina su clasificación en la Caja. Las causas de aplazamientos usuales son: 1) estudios o doctorado, esto último acaba de ser suprimido; 2) ser el único hijo superviviente; 3) ser el único sostén de los padres; 4) ser objetor de conciencia, y 5) razones médicas que afectan a los sospechosos locos, gordos, altos y bajos.

LOS OFICIALES

La mayoría proceden de West Point o son voluntarios de carrera. Tienen las mejores oportunidades de ascenso rápido y constituyen un

cuerpo profesionalmente muy duro. Por otro lado están los chicos de las Escuelas de formación de oficiales, en su mayoría graduados universitarios cumpliendo el servicio militar, y los que pasan dos años en el ejército después de tomar las lecciones del ROTC en la universidad. A estos últimos no les miran muy bien los demás.

LA POLITICA

Prescindiendo de cierta firmeza de actitud en los profesionales, el ejército es bastante apolítico. No se pretende orientar a los reclutas en ningún criterio político. Lo único que pudiera parecerse a eso es la propia ingenuidad del ejército. Los términos enemigo y comunista son sinónimos, y todos los carteles y cosas semejantes muestran a las tropas enemigas con ojos oblicuos o estrellas rojas en sus gorras.

UN NUEVO RECLUTA

Me acuerdo de Stanley Ackerman, un pequeño judío charlatán que venía del Bronx. En la vida civil trabajaba en un salón de belleza. Al tercer día de instrucción se procuró lesionar en la rodilla mientras se le enseñaba a dar la media vuelta en la plaza de armas. Le destinaron a servicios auxiliares durante tres meses y justo cuando estaba a punto de volver a la instrucción volvió a herirse con todo éxito su rodilla. Stanley pasó cinco de sus seis meses en la Plana mayor del regimiento haciendo trabajos de oficina. Nunca se perdió un pase de fin de semana ni una noche en el club de soldados. Cada vez que me dirigía a él me explicaba cuánto le dolía la rodilla.

En mi compañía, Stanley Ackerman era una leyenda.

INSTRUCCION EN LA ADOLESCENCIA

Aparte del ROTC, el joven americano no tiene oportunidad alguna de saborear las delicias de la instrucción militar antes de que se le exija.

PASES DE FIN DE SEMANA Y OTROS

En la instrucción elemental siempre se nos estaba prometiendo un pase de tres días si destacábamos en cualquier cosa: tiro, formación física, tests o revistas. Pero nunca supe de nadie a quien se le concediera uno sólo.

Después de la instrucción elemental, lo corriente era que se nos concediera un pase, después de la revista de la mañana del sábado, hasta el domingo a las seis de la tarde. De todos modos, los domingos eran libres. Había una cantina en el puesto en la que servían cerveza que consumíamos en grandes cantidades. En cuanto a fumar, era lo único que se podía hacer la mayor parte del tiempo. ■ PATRICK BERNOTH, Jr. Fotos en negro: MO-VINC N. Y.

PROXIMO NUMERO:
LOS PEONES DE LA «CO-EXISTENCIA PACIFICA» (II)
EL SOLDADO SOVIETICO